

## JUNTO AL SEBÚ

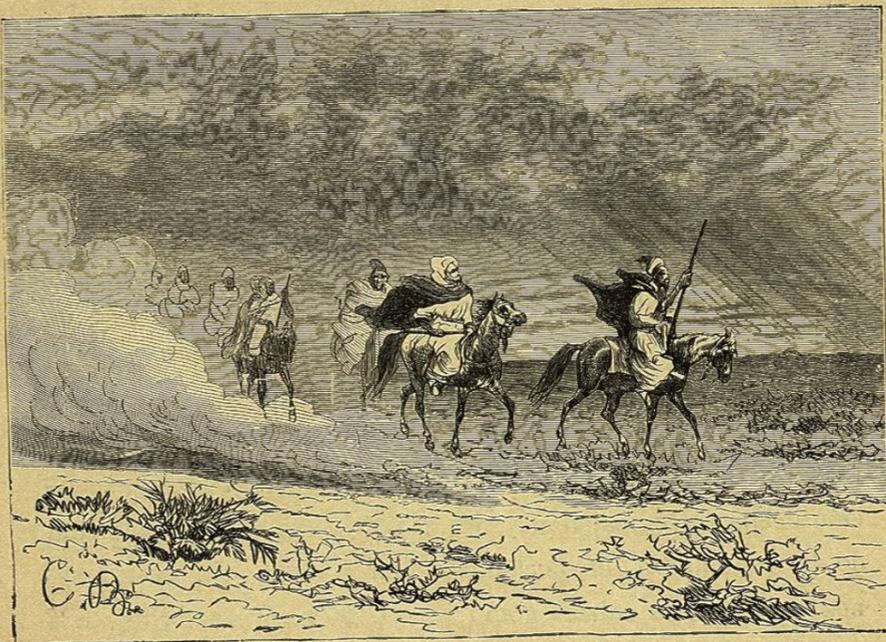
---

A la hora del medio día del que hacía cinco de nuestra salida de Fez, después de una marcha de cinco horas á través de una serie de valles desiertos, y de haber reposado la garganta de Beb-el-Tinca, desembocábamos de nuevo en la dilatada planicie del Sebú, inundada de una luz blanca, ardiente, implacable, cuyo solo recuerdo me hace subir el calor á la frente. Todos, excepción hecha del embajador y del capitán, que poseen la virtud de la salamandra, de permanecer en el fuego sin quemarse, nos cubrimos la cabeza como frailes de la Misericordia, nos envolvimos cuidadosamente con las capas y las mantas, y sin desplegar los labios, con el rostro inclinado y los ojos medio cerrados, descendimos á la terrible llanura confiando en la clemencia de Dios. Andando, andando, llegó á nuestros oídos la voz del comandante anunciando que *ya* había muerto un caballo. En efecto, uno de los que conducían el bagaje había caído para no volverse á levantar. Nadie contestó.

— Es cosa sabida, — continuó despiadadamente el comandante, — que los caballos *mueren los primeros*.

También estas palabras fueron seguidas de un silencio

sepulcral. Pasada media hora, oyóse otra voz ronca preguntando á Ussi á quién *dejaría* su cuadro de Blanca Capello. Estas fueron las únicas palabras que se oyeron durante la travesía. Hasta los soldados de la escolta callaban como muertos. El calor nos tenía aplastados. El mismo cadí Hamedben-Kassen, no obstante el turbante inmenso que sombreaba



En el desierto

su rostro, estaba inundado de sudor. ¡Pobre general! Aquella mañana me dió pruebas de un afecto que no olvidaré en mis días. Observando que me quedaba rezagado, se puso á mi vera, y la emprendió á latigazos con mi mula con tan ardiente celo, que en pocos momentos dejé á todos á mi espalda, al impulso de un galope más que medianamente picadillo, que me hacía saltar sobre la silla como un autómatas de goma elástica, y me permitió llegar al campamento cinco minutos

antes que mis compañeros, echando las asaduras y con el corazón rebotando gratitud.

Aquel día ninguno de nosotros salió de su tienda hasta la hora de la comida, y esta misma transecurrió silenciosa, cual si sintiéramos ya anticipadamente el calor que al otro día nos esperaba. Un acontecimiento imprevisto, que tuvo lugar entrada ya la noche, interrumpió hasta cierto punto la modorra que se apoderara del campamento. Estábamos en los postres, cuando llegó á nuestros oídos una gritería como de ayes y lamentos, procedente, al parecer, del pequeño campamento de la escolta, acompañada de unos golpes acompasados que parecían varazos ó cosa por el estilo. Imaginando que fueran los soldados ó criados que se estuviesen divirtiendo, no fijamos en ello la atención; mas como los gritos fueran en aumento hasta hacerse desgarradores, y llegara á nuestros oídos distintamente, pronunciado con acento de suplicante invocación, el nombre del fundador de Fez, — ¡Muley-Edris! ¡Muley-Edris! — levantámonos precipitadamente, y saliendo de la tienda, nos dirigimos hacia el lugar en que las voces sonaban, llegados al cual pudimos contemplar un tristísimo espectáculo. Dos soldados de la escolta tenían suspendido, uno por la espalda y otro por los pies, á un desgraciado siervo árabe, en tanto que un tercero le apaleaba sin compasión, otro alumbraba con una linterna, y los demás presenciaban el espectáculo formados en círculo, presididos por el cadí, que asistía á él con los brazos cruzados sobre el pecho. El embajador hizo soltar inmediatamente á la víctima, que se alejó sollozando, y preguntó al cadí qué había pasado.

—Nada, nada, — contestó, — una pequeña corrección.

Y añadió luego que había hecho castigar á aquel hombre, porque se divertía tirando á sus compañeros pelotillas de aleuzcuz, culpa gravísima, y hasta sacrilegio para un musulmán, que tiene obligación de estimar todo alimento producido por la tierra como un don precioso de la divinidad. Expresándose en estos términos, el pobre cadí, hombre verdaderamente bondadosísimo, no podía ocultar, por más que se esforzara en mostrarse impasible, el dolor que sentía por haber tenido que imponer aquel castigo, y la compasión que había experimentado; circunstancia que bastó para que recobrará en mi corazón el lugar que le había concedido.

Aquella noche nos despertó un levante ardentísimo, que nos obligó á precipitarnos fuera de las tiendas con un palmo de boca abierta, en busca de un soplo de aire respirable; y al rayar el alba nos pusimos en camino con un tiempo borrascoso, que anunciaba una jornada más dura aún que la precedente. El cielo estaba completamente cubierto de pardos nubarrones, que por un lado enrojecían los rayos del sol naciente, algunos de los cuales se abrían paso entre las hendiduras de los primeros, en tanto que por la opuesta banda podían observarse sobre la densa cerrazón evidentes señales de lluvia estival. De este cielo amenazador descendía una luz extraña que parecía llegaba al suelo al través de una bóveda de cristal amarillento, y teñía la vastísima llanura, completamente cubierta de rastros de un pronunciado color de azufre, que casi ofendía á la vista. A lo lejos el viento levantaba inmensas nubes de polvo que giraban con rapidez vertiginosa. La campiña solitaria, el aire pesado, el horizonte escondido tras un velo tupido de vapores de color plomizo. Sin haber visto el Sahara, imaginé que debe ofrecer en oca-

siones un aspecto á éste semejante, y estaba ya para expresar mi presunción, cuando Ussi, que había estado en Egipto, deteniéndose de repente, exclamó con acento de sorpresa:

— He ahí el desierto.

Después de cuatro horas de camino, llegamos á orillas del Sebú, en cuyo punto nos salieron al encuentro á todo escape, saludándonos con las descargas y los gritos de costumbre, veinte jinetes de Beni-Hassen, mandados por un muchacho de unos doce años, hijo del gobernador Sid-Abd-Ala.

Aprisa y corriendo levantóse el campamento junto al río, en un terreno desnudo, cruzado de numerosas grietas, y después de haber almorzado con gran rapidez, nos retiramos á nuestras respectivas tiendas.

Aquella jornada fué la más calurosa del viaje.

Procuraré dar una ligerísima idea de nuestros tormentos.

Preparen el pecho los lectores piadosos á un sentimiento de profunda compasión.

Sécome el sudor y escribo.

A las diez de la mañana, cuando nos retiramos á la tienda mis compañeros y yo, el termómetro marcaba, á la sombra, cuarenta y dos grados centígrados. Durante cosa de una hora mantúvose la conversación bastante animada; mas al cabo de ella, como empezáramos á notar cierta dificultad para terminar los períodos, nos redujimos á expresar nuestros pensamientos por medio de simples proposiciones: después, como nos costara ya algún trabajo el ordenar debidamente el sujeto, el verbo y el atributo, desistimos de hablar é intentamos dormir. Intento inútil. La temperatura de los lechos, las moscas, la sed, la ansiedad no nos permitían cerrar los párpados. Después de haber bufado no poco y de habernos